



Desmenuzando unos textos empapados de vida

“El Señor Dios se dijo: *-No está bien que el hombre esté solo*”. Son palabras que forman parte del segundo relato de la creación del libro de Génesis. Adán se siente solo porque lo que necesita no es algo, sino alguien. Es así como Dios interviene llenando este vacío al darle la cercanía de **“alguien”** que sea como él, para que pueda vivir en una dinámica de relación entendida como un darse y nunca como poseerse. Somos **“seres sociales”**, **“creados para la relación”**, pero la experiencia demuestra que sólo quien sabe vivir solo, es capaz de tener unas relaciones con los otros en plenitud. Es más, para no caer en la fusión o la absorción, el encuentro con los otros implica soledad.

Pero no todo alejamiento es positivo: hay formas de evasión que son patológicas, sobre todo ese **“retraimiento tóxico”** que es el aislamiento. Es el que Dios no quiere porque implica miedo a la alteridad. Pero entre el aislamiento, la cerrazón, el mutismo, por un lado, y la necesidad de la presencia física de los otros, la disipación en la conversación continua, el activismo inmoderado, se encuentra la soledad que es fuente de equilibrio y armonía, fuerza y firmeza.

El que la asume es el que tiene el coraje de mirarse a sí mismo a la cara, de reconocer y aceptar



como su tarea la de **“llegar a ser él mismo”**. Es el hombre humilde el que ve en su propia singularidad, la tarea que él y sólo él puede cumplir.

La Biblia ofrece numerosos relatos de soledad. Pensemos en la historia de Elías que huyó al desierto sintiéndose abandonado y abatido (1 Reyes 19:4-5). Yahvé respondió proveyendo a sus necesidades y enviando un ángel para consolarlo.

Jesús experimentó un profundo desamparo en Getsemaní y en la cruz. Su grito: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* (Mateo 27:46) refleja las profundidades a las que puede llegar el aislamiento humano. Sin embargo, la que vivió el Señor, fue el paso a través del cual se hicieron posibles la salvación y la comunión para toda la humanidad.

Desde la fe tenemos la bendición de poder disfrutar de un sentido de comunidad, que se extiende más allá de las meras interacciones sociales. La Iglesia, como Cuerpo de Cristo, ofrece una familia **“sacramental”** en la que podemos encontrar un sentido de pertenencia que nos humanice. Las actividades parroquiales, los grupos de oración y las oportunidades de voluntariado son formas tangibles de conectarnos con los demás, compartiendo cargas y experimentando la presencia de Cristo en nuestras vidas.

La Eucaristía no es solo un encuentro profundo con Cristo; también lo es con la comunidad de los creyentes. En la Misa nos unimos no sólo a los presentes

sino a toda la comunión de los santos. Esta realidad espiritual nos asegura que nunca estamos verdaderamente solos.

La comunidad, por tanto, es vital, pero también ha de darse un lugar para la soledad en nuestro camino espiritual. Los padres y madres del desierto del cristianismo primitivo buscaban la soledad para profundizar su relación con Dios. En este ambiente, lejos de las distracciones, podemos escuchar la voz de Dios con más claridad y comprender su voluntad, la que pedimos en el Padrenuestro que se haga.

Marie-Magdeleine Davy (13 de septiembre de 1903, 1 de noviembre de 1998), historiadora y filósofa francesa, especialista en el pensamiento medieval, escribe: **«La soledad es agotadora sólo para aquellos que no tienen sed de su intimidad y que, en consecuencia la ignoran; pero constituye la felicidad suprema para quienes han probado su sabor»**.

En verdad, es ciertamente temible porque nos recuerda la soledad radical de la muerte que es siempre **«solitudo pluralis»**; pero es espacio de unificación del propio corazón y de comunión con los que caminan a nuestro lado. Es purificación de las relaciones con las personas, que siempre corren el riesgo de volverse banales e insignificantes.





Un salmo para rumiar

Sal 127, 1.2. 3. 4.5. 6

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien.
Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa.
Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida.

El salmo 127 es un poema con vocación de ofrecer una enseñanza en unas claves de sencillez y brevedad. Pertenece a los cantos de peregrinación y la finalidad del mismo es indicarnos, con toda claridad, donde se encuentra la fuente de la dicha. Se abre con la expresión "*Bienaventurado el hombre que teme al Señor*" (cf. Sal 1,1; 112,1; 119,1).

El temor del Señor no es miedo, sino *sentimiento de misterio* con el que el corazón humano se abre a Dios en alabanza. Este sentimiento, precisamente porque responde a la alianza de Dios, implica un

amor respetuoso y reverente hacia él (cf. Dt 10,12-13; Pr 1,7).

La siguiente frase, "*y sigue sus caminos*", representa a un hombre activo que afronta el camino diario con paciencia y tenacidad, buscando la voluntad de Dios. Los "*caminos*", de hecho, son simbólicamente la voluntad divina, como sugiere otros salmos (112,1, 115,11-14), o el libro de Proverbios (Pr 8,32).

Llevar a la vida (Sal 16,11) y el hombre debe caminar por ellos con humildad, teniendo como compañero al Dios mismo. El hombre, que así camina, experimenta en el fondo de su corazón una serenidad y una alegría de origen divino. ¡Es bendecido!

Dios, que es siempre la fuente de bendición, bendice "*desde Sión*", es decir, desde el santuario, - Jesucristo- la sede de su presencia, y la bendición de Dios abarca toda la vida de los fieles "*por todos los días de su vida*".

Un hogar de paz, serenidad, alegría, que llega a los hijos de tus hijos (es decir a los nietos) que son el símbolo de la historia futura.

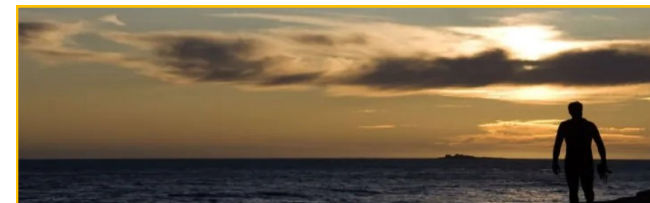
El meollo de este salmo se encuentra en la capacidad de temer a Yahvé que, en definitiva, es el reconocimiento pleno de la misericordia de Dios, y el deseo de dejarse guiar por su palabra que siempre es evangelio; es decir: noticia buena.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXVII "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Génesis 2, 18-24

El Señor Dios se dijo: El Señor Dios se dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle a alguien como él, que le ayude». Entonces el Señor Dios hizo caer un letargo sobre Adán, que se durmió; le sacó una costilla, y le cerró el sitio con carne. Y el Señor Dios formó, de la costilla que había sacado de Adán, una mujer, y se la presentó a Adán. Adán dijo: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será "mujer", porque ha salido del varón».

Marcos 10, 2-16

En aquel tiempo, acercándose unos fariseos, preguntaban a Jesús para ponerlo a prueba: «¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?».... Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».